



NÚM. 9. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 2 DE MARZO DE 1862.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO, Y ESTADUNIDENSES, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos. AÑO VI.

REVISTA DE LA SEMANA.



observamos con disgusto que los crímenes de robo y asesinato con circunstancias atroces se van multiplicando demasiado en esta capital, y creemos deber llamar acerca de esta circunstancia la atención de la autoridad. Estos hechos horrozan é indignan tanto

mas, cuanto que ya estábamos acostumbrados á ver disminuir su número sensiblemente, y nos lisonjeábamos con la esperanza de que pronto desaparecerían del todo. El jueves al volver á su casa de la oficina un honrado empleado en el Monte de Piedad, se la encontró robada y á su esposa muerta, teniendo la cabeza casi separada del tronco. Este crimen se había cometido entre las diez de la mañana y las cuatro de la tarde, es decir, en medio del día y en un cuarto principal de una calle tan concurrida como es la Corredera baja de San Pablo.

La frecuencia con que en poco tiempo se han repetido delitos de esta naturaleza, prueba que recientemente ha de haberse organizado en Madrid alguna partida de malhechores, probablemente escapados de presidio ó refugiados de los caminos reales, donde la guardia civil les persigue incesantemente. Cuanto mayores sean los servicios que la guarda civil preste en las carreteras, mayor debe ser también la vigilancia que la policía debe ejercer en las poblaciones, teniendo siempre ojo avizor sobre la gente vaga, sin oficio, sobre ciertas casas de huéspedes, donde solo se admite gente á dormir, y sobre ciertas otras donde se admite al que va á todas horas.

El jueves terminó la vista de la causa seguida á consecuencia del horrible asesinato cometido en la calle de la Justa, en una joven é indefensa señora, que

acompañada de dos niñas se retiraba á su casa. Las sospechas que recayeron desde luego sobre el marido, de quien se presumía que el asesinato era instrumento, hicieron proceder contra él, y el fiscal ha encontrado graves motivos para pedir que se le imponga la pena de cadena perpetua despues de presenciar en la argolla la ejecución capital del que aparece como el mas inmediato delincuente. Las defensas de los reos que figuran en esta causa han sido brillantes como era de esperar de la nombradía de los abogados: pero no habiéndose dictado aun la sentencia, nada debemos aventurarnos á decir sobre los resultados probables del proceso.

La Academia española ha celebrado honras fúnebres por el señor Martínez de la Rosa, y despues de ellas reunida en su salon de sesiones ha oído la lectura del elogio del último presidente de esta científica corporacion, leído por el señor Rodríguez Rubí.

La Academia de ciencias morales y políticas ha publicado el programa de premios para los años 1863 y 1864. El tema propuesto para el año próximo es: De la igualdad considerada social, política y filosóficamente, y de sus relaciones con la libertad política. El tema para 1864 será: Del sistema carcelario y penitenciario en general y de las reformas mas urgentes en las cárceles y establecimientos penales de España. Ambos temas son de importancia y exigen, principalmente el segundo, estudios especiales para su buen desempeño. Los premios ofrecidos son medallas de bronce; 8,000 reales en dinero y doscientos ejemplares de la obra.

Cada día se hace un nuevo é interesante descubrimiento arqueológico en Tarragona. El último consiste en varias galerías abovedadas, de construcción romana, sostenidas por robustos machones que debieron pertenecer á la casa de un personaje de la época de los emperadores. En un huerto, vendido hoy como solar para construir casas, habia una cisterna, y al bajar á ella los albañiles para limpiarla de las piedras arrojadas por los niños, hallaron una escalera. Siguiéronla acompañados de varios curiosos con hachas de viento, y penetraron en una vasta serie de salas con diversos órdenes de columnas que sostenian un techo abovedado. Dióse parte al inspector de antigüedades, el cual se presentó como también el gobernador y el arquitecto de la provincia, y tomaron las disposiciones convenientes para salvar aquellos restos y continuar el descubrimiento.

Por las indicaciones que se nos han hecho, sospechamos que lo que se ha encontrado es parte de un grande edificio que se conserva enterrado, y que tal vez podrá sacarse al descubierto si se hacen las escavaciones convenientes, con las precauciones, inteligencia y celo que no dudamos desplegarán la autoridad civil y la junta conservadora de monumentos y antigüedades.

En medio de los grandes progresos que se hacen por todas partes, no debemos olvidarnos de dar cuenta de uno interesantísimo que es la instalacion en Madrid de un círculo de jugadores de ajedrez. Hacia tiempo que se notaba un gran vacío en esta parte: todos los jugadores tenian sus círculos y los aficionados al juego mas antiguo, mas noble y que mas hace pensar, andaban dispersos y confundidos entre el comun de los mortales sin tener quien les representase oficialmente ni en las reuniones, ni en las asambleas, ni en las grandes ceremonias. Hoy el círculo del ajedrez cuenta con un gran número de socios: los torneos que quincenalmente se verifican producen grande animacion en sus salones, y el jaque á la reina se oye de cuando en cuando sonoro y vibrante como en el tiempo en que los griegos inventaron este juego al pié de las murallas de Troya.

Pero no solamente en Madrid se ha introducido esta mejora: Barcelona que es la segunda capital de España tiene también su círculo de ajedrez, el cual ha remitido una galante invitacion al de Madrid para un juego de cinco partidas que se ha de jugar por correspondencia. Será curioso seguir las peripecias de este juego: no se dice si la correspondencia ha de ser telegráfica ó epistolar; en el primer caso la duracion de las cinco partidas podrá ser de una docena de años próximamente; en el segundo caso, el interés podrá durar media docena de siglos, á cuyo fin será preciso que los diversos mantenedores del campo designen en su propio partido el jugador que ha de sustituirles cuando de este mundo pasen á continuar sus servicios en el otro. Mucho celebramos de todos modos que se abran tan estensos horizontes al porvenir del ajedrez en este país.

Entre las publicaciones que han llamado la atención en la última semana hay una coleccion de poesías que el autor ha llamado *médico-quirúrgicas*. Trátase en ellas de las edades del hombre, de los preceptos de la higiene, de los síntomas, diagnóstico y plan terapéutico de diversas enfermedades, de los casos en que conviene someter al enfermo á los antillogísticos, á los purgantes drásticos, ó á los eméticos; del uso de los revul-

sivos y de los enemas emolientes y de otras muchas cosas curiosas, todas en variedad de metros. Tiene una picante descripción de la sarna en un soneto, y algunas redondillas en elogio de la cirugía.

En esta semana se ha cantado en el Teatro de Oriente *La Somnambula* y *Las Vesperas Sicilianas*. La Langrange y Carrion fueron muy aplaudidos en la primera de estas óperas.

El viernes en el Conservatorio debió verificarse el acto solemne de la distribución de premios á los laureados en los concursos de 1860 y 1861: la función se dividía en dos partes una lírica y otra lírico-dramática.

En el mismo día debió estrenarse en Variedades el drama en tres actos titulado: *La última pincelada*, drama que según parece fue inspirado á su autor por la vista de un cuadro de Esquivel que representaba á un asistente volviendo de Africa con la maleta del oficial á quien servía, muerto en la gloriosa campaña.

De los demás teatros nada cuenta la crónica: parece que se han propuesto dar poco que hablar.

Por esta revista, y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

ANTIGÜEDADES ROMANAS.

MOSAICO DESCUBIERTO EN LAS RUINAS DEL «PALAU» EN BARCELONA.

II.

Como el mejor medio de explicar el asunto representado en el mosaico que nos ocupa, creemos oportuno trasladar á este lugar la descripción del circo máximo de Roma, tal como tomándola de Varron, Vitruvio, Casiodoro, Plinio, Plutarco, Suetonio, Dionisio Halicarnaso, Ciceron, Virgilio y otros escritores de la antigüedad, que sería profuso enumerar, la presenta el célebre Dezobry en su obra nunca bastantemente enaltecida titulada: «Viaje de un gallo á Roma durante el reinado de Augusto y principio del de Tiberio.» Después de referir cuanto de notable se encuentra en la parte exterior, y de hablar de los vomitorios y del *Euripe* y de las *Cárceles*, habla de la *Espina* en la forma siguiente: El sitio alrededor del cual deben los corredores hacer alarde de su agilidad, está trazado por una especie de inmenso pedestal estrecho y largo, llamado la *Espina*, que divide la arena en dos, como la espinal dorsal la espalda humana, de donde se ha dado dicho nombre á esta obra de arquitectura: tiene cerca de once metros de altura y á pesar de su gran tamaño es un tercio menos largo que la arena, de suerte que deja á cada extremo, sobre todo hácia las *Cárceles* ancho espacio para pasar. Y no está este inmenso pedestal desprovisto de ornatos. Alzanse sobre él decorándole diversas estatuas de bronce dorado, representando dioses ó diosas, aras, algunas columnas monumentales, dos pequeños templos, consagrados, el uno á *Venus Murcia* y el otro al *Sol*, dos pórticos teatros y en el centro un grande obelisco de granito oriental, de ciento veinte pies y nueve pulgadas de altura sin contar su base mandado traer de *Heliópolis* en Egipto, por el emperador. Multitud de inscripciones geroglíficas cubren sus cuatro frentes, y brilla en su vértice una llama dorada, imagen del *Sol* á quien está dedicado el obelisco. A doce pies ó menos delante de cada extremo de la *espina* y en la misma línea se elevan tres *metas* cilíndricas, terminadas por un cono dilatado que remata en una bola. Están colocadas sobre un alto pedestal, semicircular por el lado exterior, recto en la parte que mira á la *espina* y que lleva en su interior un pequeño templo dedicado á *Neptuno*.

Los juegos romanos que tenían lugar en los circos, comenzaban en Roma por una procesion sagrada, que saliendo del capitolio descendía hasta el foro, le atravesaba, deteníase en algunos templos y penetraba en el circo. Toldos cubrían las calles para su paso; ricas pinturas, estatuas y objetos de arte decoraban lo mismo el exterior de los templos que de las basílicas, las tiendas, los comicios y las casas, y la ciudad, en fin, presentaba un aspecto sorprendente de lujo y esplendor. Entre magistrados y precedidos de los niños de la *nobilis juventus*, marchaban los aurigas ó conductores de carros vestidos como los soldados, con un pequeño casco en la cabeza y una especie de coraza compuesta de fajas ó franjas unidas unas á otras: una ligera túnica, saliendo por debajo de esta coraza, les llegaba hasta la mitad de los muslos, llevando desnudo el resto de las piernas. Las bridas de los caballos unidas las pasaban alrededor del talle: con la mano izquierda manejaban las mismas bridas y con la derecha agitaban un látigo. Iban divididos en cuatro bandos ó facciones, distinguiéndose por el color de las túnicas de los aurigas que en unos eran verdes, en otros azules, en los terceros rosadas, y en los últimos blancas.

Pero los juegos han comenzado: ocho esclavos colocados delante de las primeras cárceles, abren de golpe sus puertas y cuatro cuádrigas se lanzan á la arena con la velocidad del rayo. Un concierto de trom-

pas ó instrumentos militares acogen la salida y las aclamaciones de la multitud estimulan su ardor impetuoso en la carrera. Estas empiezan, ya han recorrido por dos veces la extensión de la espina, sin que pueda decidirse por ninguno la victoria, pues es necesario dar siete vueltas para ganar el premio. Todas las miradas están fijas, ya en los carros, ya en una especie de templete encima del cual siete bolas de madera sirven para ir marcando, quitándolas progresivamente, las vueltas que van dadas y las que restan por dar. Desde su salida, algunos de los aurigas lanzaron sus caballos á todo escape mientras que los otros más prudentes retenían los suyos para aprovechar el cansancio de los primeros y ganarles en las últimas vueltas. En la tercera, *Corax* auriga de la túnica blanca, que se había quedado retrasado, azota sus caballos de repente, corta la arena para colocarse más cerca de la espina y recorrer por lo tanto menos espacio y empieza la cuarta vuelta antes que ninguno de sus competidores en medio de millares de aplausos.

Su carrera es tan rápida, que las ruedas de su carro despiden la arena á gran distancia. Algunos le gritan que deje de azotar sus caballos, pero *Corax* sordo á sus consejos, continúa con la misma impetuosidad. *Escorpus*, el auriga azul iba después de *Corax*. No le separaba de su competidor más que la distancia de un carro, y sus caballos aunque pequeños parecían engrandecerse en la carrera á medida que avanzaban. El auriga de la túnica rosada *Boculus*, iba casi á la misma distancia que el azul, y sus caballos estaban cubiertos de una espuma rojiza que en la rapidez de la carrera arrojaban al aire sobre el atrevido conductor. El que vestía la túnica verde marchaba el último pero con rapidez igual á los que lo precedían. *Talus*, que tal era su nombre, corredor espermentado se limitó durante las cuatro primeras vueltas á no perder terreno; á la quinta se aproximó á sus compañeros y solo á la sexta principió á estimular á sus caballos y á dejarles floja la brida. Entonces se le vió desplegar una energía que hasta aquel punto no había mostrado y avanzar rápidamente siguiendo las huellas de *Corax* y de *Escorpus*. Apenas quedaba una vuelta por recorrer y los aurigas blanco y azul conservaban todavía la ventaja. La duda ya no estaba más que entre ellos. Buscaban hábilmente el medio de adelantarse; si veían que su contrario iba á avanzar cruzábanse delante de él para impedirle el paso y así alejándose y aproximándose, describiendo en su rapidísima carrera desigual y sinuosa marcha disputaban reñidamente la victoria. Al fin *Escorpus* impaciente oprimió el carro de su contrario contra la espina, y chocando con una de sus ruedas bien pronto los caballos de *Corax* viéronse por el suelo y el mismo auriga caído violentamente entre las piernas de sus propios caballos. Esta victoria parcial costó cara á *Escorpus*. Detenido en su carrera por el choque, los que estaban detrás le adelantaron bien pronto: quiere forzar á sus corceles, pero rendidos por sus esfuerzos y luchando con desventaja contra sus adversarios que hasta entonces no habían hecho más que correr con una prudente cautela, bien pronto los aplausos de la multitud parecían anunciarle que el triunfo se le escapaba de las manos. Los partidarios de *Escorpus* le gritan para que tome ánimo; estimulan sus caballos llamándoles por sus nombres: pero todo en vano, *Boculus* y *Talus* devoran el espacio, y tan pronto sobre la misma línea de *Escorpus*, tan pronto traspasándola, la carrera de estos dos competidores es tan igual, que parece marchan de acuerdo en la misma línea. Una espesa nube de polvo los envuelve y mejor que ver se adivina su paso por el silbido de los látigos, el golpe sordo y acompasado de los pies de los caballos y el agudo chirrido de las ruedas sobre la arena. Sus parientes y sobre todo sus mujeres están en una situación extrema: el afán, la esperanza, la tristeza se pinta en su fisonomía, y entre tanto *Boculus* y *Talus* han salvado nuevamente la espina. Los esclavos han subido y han quitado la sexta bola, que indica queda una sola vuelta por recorrer. De repente el torbellino de polvo se divide, disminuye, y al través de su dudosa transparencia deja ver los carros á desigual distancia. Las ruedas parecen próximas á encenderse por la rotación, y los corceles inundados de sudor exhalan un vapor espeso y ardiente.

El auriga de la rosada túnica va delante. Como suspendido sobre sus caballos parece quererles adelantar, y los apostrofa por sus nombres y les azota con redoblados golpes. El de la verde vestidura lanza gritos de rabia y desesperación: hace señas de que ha perdido su látigo y de que sus caballos se niegan á la obediencia. En vano agita violentamente las riendas sobre sus espaldas; *Boculus* seguro de la victoria adelanta entre las aclamaciones de los espectadores, y pasa por última vez la línea designada, habiendo recorrido un espacio equivalente á cinco millas.

El nombre y la victoria de *Boculus* son proclamados por un heraldo colocado delante del sitio en que estaba el emperador, y en breve recibe de manos del Edil una palma de *Idumea* y siente ceñida su cabeza con una corona de laurel.

Esta descripción de la espina y de la carrera de carros tomada de la citada obra viene casi á servir de explicación al mosaico cuyo grabado dimos en el anterior número. Véase en él en efecto la espina con sus columnas monu-

mentales surmontadas por la estatua de la Victoria. Un ara, dos templete exágonos, signos legionarios, estatuas de gladiadores ya en actitud de correr, ya preparados para diversas luchas, otras estatuas de dioses, la de una diosa sobre un león, en la cual acaso está representada *Cibeles*, cuya cabalgadura arroja agua por la boca, lo mismo que tres delínes colocados en una tabla de mármol que sostienen dos columnas al parecer corintias lo mismo que las monumentales. A los extremos de la espina se ven las metas habiendo tenido el artista la discreción de presentar una de ellas por la parte interior y otra por el exterior, lo que permite ver en la segunda la entrada al templete que en su pedestal se abría. En el centro de la espina se ve asimismo el pedestal y principio del obelisco que en el caso presente no es egipcio sino griego, según indican los caracteres que lleva inscritos, y cuyo sentido no hemos podido descifrar, pues no forman ninguna palabra; y á su derecha y haciendo juego con la que hemos creído estatua de *Cibeles*, se ve el monumento sobre el cual están colocadas las siete bolas que han de ir marcando las carreras, y la escalera por donde subía el esclavo del circo para ir quitando aquellas á medida que terminaban estas.

Cuatro carros, lo mismo que en la descripción referida, se ven en actitud de recorrer el circo. *Botroca*, *Iscutacticus*, *Regnato* y *Famosus* son los nombres de los cuatro caballos que tiraban del último carro, el cual caído por tierra, trae involuntariamente á la memoria la catástrofe de *Corax*. Arrastrado el que marchaba delante por *Puripinus*, *Arpastus*, *Eufrata*, y *Eustulus* recuerda el choque de *Escorpus*, viéndose al auriga que lo conduce en actitud de observar con placer la triste suerte de su contrario. El amigo que guía al que le antecede, los nombres de cuyos caballos no deja ver lo deteriorado del mosaico, en vano se esfuerza como *Talus*, en animar á sus caballos, que desordenados se resisten á obedecer á su desesperado dueño, mientras el que conduce al carro que arrastran velozmente *Eridanus*, *Ispumius*, *Pelops* y *Luxuriosus* llega al término de la carrera, ganando la primera vuelta. Un servidor del circo, vestido con túnica, que parece recogida por los lados á la cintura para mejor correr, proclama el primer triunfo de este carro, repitiendo mientras agita un lienzo con la diestra mano, el nombre de *Eridanus*, como el del primer caballo del carro victorioso que ha llegado á la meta. Otro esclavo del circo, ó bien servidor del auriga triunfante, se coloca delante de los caballos para detenerles, llevando en la mano derecha una *diota*, como para ofrecer algún líquido, que calme el ardor de su carrera al victorioso corredor.

Tal es la descripción de lo que en este mosaico se encuentra, para completar la cual, solo falta decir que los caballos llevan todos la marca de su respectiva procedencia, viéndose en algunos de ellos una que indica su origen griego y que daba fama de vencedora á la ganadería á que el caballo perteneciera. La franja que rodea el mosaico es una greca, común en este linaje de labores, y causa profunda pena, que rota é incompleta, no pueda conocerse el resto de aquel y los dibujos, que en combinación geométrica los más, debían rodearle, pues parece fuera de duda que la parte descubierta era el asunto principal de todo el pavimento de que el mosaico formaba parte.

En cuanto á la época á que se remonta esta notable antigüedad, y sin perjuicio de lo que al pie de su dibujo se ha consignado sin nuestro conocimiento (1), creemos sea la de los imperios de *Cómodo* ó *Caracalla*. Examinando otros monumentos de este período y las monedas sobre todo, se observa la grande analogía que existe entre el arte que las dió vida y el que realizó el mosaico. Aunque no hay en el dibujo de este la pureza de líneas que en las obras del período de Augusto, se ven todavía buenas proporciones, valentía en las actitudes, composición animada y fácil, aplicación aunque ya algo decadente de la perspectiva, y todas las cualidades, en fin, que indican ese período del arte romano que sin embargo de hallarse cerca de su apogeo, empezaba á descender hasta llegar al triste estado en que se encuentra en el bajo imperio.

En cuanto al edificio, al que el mosaico pertenecía, desprovistos de antecedentes acerca de las escavaciones que hayan podido practicarse en el *palau* ó sus alrededores, no podemos determinar por mas que nos inclinemos á creer estuviese destinado á *termas*, en cuyos lujosos departamentos acostumbraban los romanos á representar por medio del mosaico espectáculos públicos.

Restáanos solo para concluir apuntar dos ideas: la notable analogía que existe entre este mosaico y otro traído, según se nos ha informado, de *Pompeya*, que existe en el gabinete arqueológico de la biblioteca nacional, donde se ve al auriga vencedor, ya coronado y con la palma de la victoria, y al mismo esclavo ó servidor del circo con la *diota* conteniendo los caballos como se ve en el de Barcelona. La otra es una conjetura. ¿Copiaría acaso el artista en este mosaico la espina de algún circo de aquella importante ciudad, que andando

(1) La línea que dice: «Mosaico del bajo imperio,» vino escrita en el dibujo de Barcelona.

el tiempo había de llenar el orbe con sus hazañas bajo el cetro de sus condes independientes ó sujeta al cetro de Aragón?

Indicacion es esta que plegue á Dios se viese confirmada por ulteriores descubrimientos.

J. DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

LA MANO.

I.

El deseo de penetrar el porvenir ha sido siempre una ocupacion grave y sagrada. En la antigua edad divina habia agentes para lograr el conocimiento de la suerte, fundándose en el origen primitivo. Cuando algun hombre irresoluto deseaba saber el resultado de una empresa, no necesitaba mas que dirigirse á una de aquellas mujeres que estaban llamadas á descubrir los fines secretos de los dioses propicios, por su trato familiar con ellos, para que manifestara sus intenciones favorables. Despues, cuando la razon y la religion hicieron desaparecer la pluralidad de los dioses y con ellos sus agentes, el arte de la adivinacion se ejerció con mas celo que nunca, en el Dios de la tierra, en el hombre que era aun un misterio. Sin embargo, aunque los fenómenos de la naturaleza no esplicados todavía, proporcionaban un manantial abundante para la supersticion, era mas propio de su fantasia y de su egoismo considerar como indicaciones mudas de su propia suerte los marcados fenómenos de su cuerpo y reconocer por la forma de sus miembros la clase de su destino. Se escuchaban con mas atencion por estar mas próximas, las esplicaciones de las zonas y de las estrellas de la propia mano que las de las zonas y estrellas del vasto firmamento.

Estas circunstancias no variaron con el conocimiento científico de la constitucion de nuestro cuerpo y de las funciones de sus órganos; antes al contrario, la propagacion y vulgarizacion de este conocimiento aumentó esta creencia en el pueblo, pues aprovechándose de la duda manifestada abiertamente, y de los límites de esta ciencia, para fortalecer el misticismo, ó apoyándose en las consideraciones científicas del tiempo, le daba tambien un nombre y un color científico como craneoscopia, y quiromancia y como era de esperar, no faltaron personas de cierta instruccion que participasen de este modo de pensar, porque el encanto de un misticismo científico atraia mucho mas que el de un mero misticismo y mas todavía que el de una ciencia exacta, fenómeno que aun se nos presenta diariamente. Un conocimiento claro de la constitucion perfecta de nuestro cuerpo, escrita aun en el dia menos interés en la mayoría del público que la craneoscopia de Gall, asi como las leyes siempre exactas de Kepler son hoy mucho menos conocidas que lo era en estos últimos años el descubrimiento de que las mesas podian moverse por sí mismas.

La confianza en los signos secretos de la mano no hace mucho tiempo que se ha perdido. Del mismo modo que un jóven solicita la mano de una doncella, asi se ven en algunas ciudades personas de edad que buscan á otras mas jóvenes, para profetizarlas el amor y la fortuna que está en su mano. Las gentes sencillas oyen con fe estas profecías como si fueran una creencia antigua y sagrada, y las personas cultas tratan de conocer con el auxilio de manuales, los secretos de la suerte, y entusiasmados por este misticismo científico exclaman: lo que sea verdadero debe estar aquí.

La literatura sobre esta materia es muy abundante, aparte de las indicaciones que se encuentran en los libros mas antiguos y que nos muestran de qué modo podemos predecir el bien ó el mal por nuestra mano. En el siglo II Artemidoro escribió sobre este asunto un libro que durante mucho tiempo estuvo solo en manos de los príncipes y de los ricos como un misterio y en cada edad recibió nuevas adiciones; pero la imprenta concluyó con este misterio. Escritores de todas las naciones, incluso los gitanos, han publicado estas doctrinas acompañadas de hermosas figuras y escritas con mas gracia que las obras de esta clase de los tiempos mas modernos.

El hombre, decian los antiguos, es una imagen del mundo; la naturaleza entera está repetida en él, y asi como la tierra tiene su fuego central, del mismo modo hay en el interior del hombre un fuego vital cuyo esplendor y fortaleza se refleja en la palma de la mano; pues la mano es á su vez una imagen de todo nuestro cuerpo y por lo tanto del mundo; asi es que los grandes planetas están representados en ella. El dedo pulgar es Venus; el índice, Júpiter; el del corazon, Saturno; el anular, el Sol, y el pequeño, Mercurio; los otros dos planetas, pues los conocidos entonces eran siete, los colocaban en la palma de la mano. El hueco formado por la palma de la mano era Marte y las líneas del final del dedo pequeño, la Luna. El nudillo que cada dedo tiene abajo era llamado monte, asi por ejemplo, el monte de Venus en el pulgar, el de Júpiter en el índice, etc. etc. Estas designaciones son oportunas en sí y corresponden á las funciones de las partes aisladas de

la mano asi como tambien á las propiedades por las que los dioses eran designados entre los hombres. Si por ejemplo, el dedo índice amenaza ó señala, tiene una semejanza completa con Júpiter tonante; del mismo modo está exactamente simbolizado Saturno en el dedo del corazon y Mercurio en el dedo pequeño al que los franceses llaman aun hoy la gracia.

Las líneas que están en conexion con los dedos ó próximas á ellos tienen tambien su denominacion como el cinturón de Venus al lado del monte de Venus; á los que tienen esta línea muy marcada, se les atribuye fortuna en el matrimonio. La línea de Marte cuando está muy marcada indica fortuna en la guerra. Las líneas que hay debajo del dedo pequeño son llamadas líneas de Himeneo, á causa de Mercurio y la Luna; líneas de Saturno son las que van por toda la mano hacia el dedo corazon; tambien se las da el nombre de líneas de fortuna; los mogoles y los chinos carecen de estas líneas, pero no nos atrevemos á decidir si somos por esto mas felices que estos dos pueblos.

Además de estas líneas hay todavía otras, como la de la vida alrededor del pulgar, llamada asi por Aristóteles y que ha sido caracterizada como la que marca la duracion de nuestra vida; además las líneas transversales de la palma de la mano, llamadas por algunos líneas naturales ó líneas de la mesa, y en las que otros han creído ver una M que significaba muerte para recordarnos nuestro fin. Estas líneas tambien segun su estado hacian relacion á los espíritus de las regiones subterráneas. Las líneas transversales de la muñeca eran esplicadas tambien como un indicio de buen éxito para las empresas. De este modo otras muchas líneas pueden haberse conservado con cierta significacion en la memoria del pueblo que las atribuia un carácter en conformidad con la época.

Asi como en otras tradiciones populares hay un fondo de conocimiento mejor, del mismo modo existe en esta creencia conservada durante siglos, un reconocimiento de la alta importancia y del valor de la mano. Parece natural que un miembro que ejecuta de un modo visible todos los trabajos grandes y pequeños que imaginamos, fuera considerado como un objeto de atencion para las inteligencias elevadas lo mismo que para las inferiores, asi como por una idea sencilla y hasta pueril la boca de un sabio está considerada como el punto donde tienen su origen los discursos que admiramos. La forma de nuestra mano es tan artística que parece justificar todo el respeto y la admiracion que pueda inspirarnos. Cuando uno de los naturalistas mas grandes de nuestro siglo fue invitado á entrar en un concurso abierto para glorificar el poder, la sabiduría y la bondad de Dios en la naturaleza y cuyo premio eran 8,000 libras esterlinas, no encontró objeto alguno que probara de un modo mas evidente estas cosas que la mano del hombre.

La mano es efectivamente notable por sus músculos; ningun miembro tiene tantas articulaciones como ella y si las articulaciones de nuestro cuerpo á causa de su proporcion y de su perfeccion artística sirven aun de muestra á los mecánicos, si nos admiramos de que la mera articulacion de la cabeza pueda hacer todos los movimientos imaginables en todas direcciones ó de que la articulacion extraordinariamente artística de la rodilla nos procure un movimiento seguro y libre, debemos admirar doblemente las articulaciones de la mano en la que se hallan todas, y todas concurren para hacer un movimiento, bien de levantar la carga mas pesada, bien de ejecutar el trabajo mas delicado.

Si la mano estuviera formada de un solo hueso, como por ejemplo, el caso de los caballos, no podríamos coger ni la cuchara ni la pluma y si fuera solo de membranas, no podríamos sostener ni el hacha, ni ningun arma. Pero es mas de admirar aun la velocidad y facilidad con que este pequeño miembro se pone en movimiento; una multitud de tendones diversamente entrelazados están unidos á él; estos tendones son en parte de la mano misma y en parte de los músculos del antebrazo, de manera que hacemos un movimiento doble cuando ponemos en juego este mecanismo artístico, porque la mano no es un mero apéndice de nuestro cuerpo, sino que está siempre en conexion con nuestros mas íntimos pensamientos y con nuestro ser moral. Si queremos levantar un peso como, por ejemplo, un tesoro, es preciso que antes obre en nosotros una fuerza de atraccion, por decirlo asi, que produzca la voluntad; esta voluntad penetra entonces en nuestro órgano central, el cerebro, y desde aquí parte por el curso de los nervios hasta la mano que llega á asirle. Si el tesoro es pesado, el órgano central llama en auxilio los músculos del brazo y del pecho, y cuando es necesario hasta los huesos, y si es ligero bastan solamente los movimientos de los dedos como vemos á cada momento.

Podemos ver este trabajo en la parte superior de la mano de las personas delgadas, porque los tendones se marcan ya aquí, ya allí, unas veces unos, y otras otros, y de qué modo participa de este movimiento la parte superior de la mano, la cual, en virtud de su propiedad elástica se dilata sin rasgarse y puede volver despues á ponerse en su estado natural. Los tendones envuelven la mano como si fueran un guante elástico. La naturaleza da á esta especie de guante un color tos-

tado, negro ó morado; pero todos son puros, puesto que la materia colorante está debajo de la piel y no puede salir de allí. Los europeos tenemos la mejor materia de esta clase, la blanca, solo con la edad llega á mancharse algo y á perder su brillo. Si miramos atentamente el tejido delicado de la palma de nuestra mano encontraremos á veces en él una pequeña gota cristalina; esta gota viene desde lejos, viene del corazon. Mientras mas aspiramos en el estío, mas velozmente es traída la sangre del corazon á la superficie del cuerpo, donde el agua que tiene la sangre se filtra y se destila por medio de los numerosos poros de la piel; la sangre pierde asi el agua y esto nos produce la sed. La mayor parte de los poros se halla en la mano y cuando las gotitas llegan á la superficie, abren los poros de la epidermis y la mano se humedece por sí misma.

Pero lo que distingue á la mano del modo mas notable es el estar formada de una multitud de nervios de toda clase que á modo de red se entienden por la palma; estos nervios muy sensibles tienen su mayor sensibilidad en la punta de los dedos, por lo cual la mano es el órgano de uno de los sentidos, es decir, el órgano de la sensacion y del tacto.

Si salimos á la intemperie en el invierno sin guantes cuando está nevando, ó si acercamos la mano á un horno encendido, se despiertan los nervios del tacto, se contraen en direccion de su centro y dan á conocer allí lo que ha ocurrido, se concentran y piden auxilio si es necesario.

Es verdad que este trabajo y esta correspondencia de dentro hacia afuera y de afuera hacia adentro, se verifica en todos los puntos de nuestro cuerpo; cada sensacion en cualquier parte de nuestro cuerpo se comunica inmediatamente al órgano central y el movimiento de cualquier miembro de nuestro cuerpo se verifica solo en virtud de un mandato del órgano central, si no hay excepciones, como sucede en el sueño; pero en la mano esta actividad del tacto y del movimiento se produce adentro y afuera de un modo tan incesante, porque todo lo obtenemos por ella, y porque dotada por la naturaleza de una forma á propósito debe ser la representante especial de nuestro tacto y de nuestros movimientos.

Tan frecuentemente como damos la mano á un amigo tiene lugar este doble trabajo, los pequeños hilos nerviosos producen la simpatía ó antipatía en nuestro interior, y las pequeñas é innumerables fibras de movimiento se escitan y dan lugar, cuando hay simpatía, á que se verifique un cordial apretón de manos.

A.

EL PALACIO DE LA PRESIDENCIA

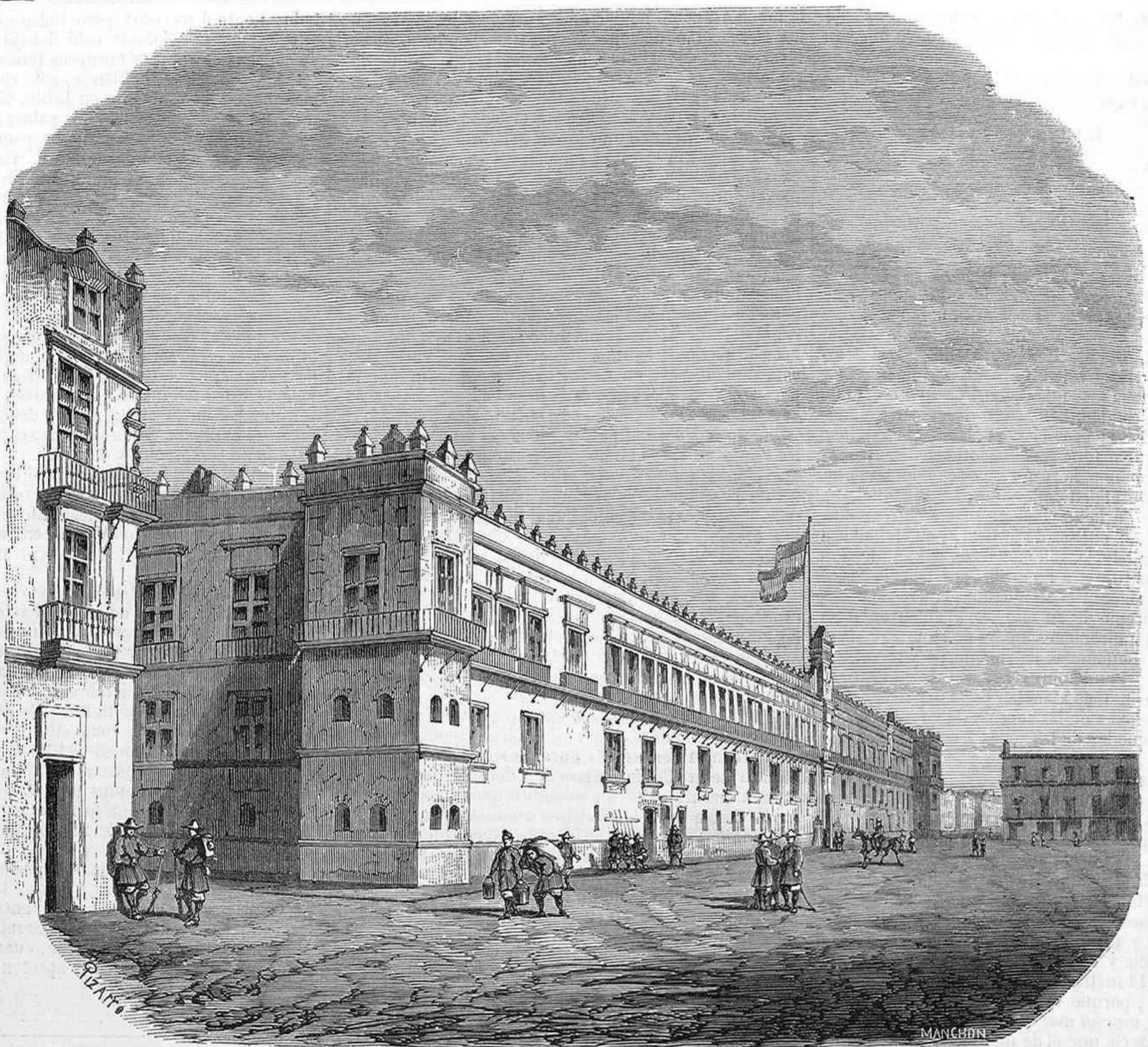
EN MÉJICO.

Si la antigua *Tenoxitan* de los primitivos morados de América, la ciudad de Méjico, contaba antes de la conquista de los españoles con 80,000 casas, tres palacios imperiales y gran número de templos; reedificada despues del sitio y destruccion que sufrió durante las campañas de Hernán-Cortés, no por esto deja de ser en la actualidad una de las primeras capitales del Nuevo-Mundo por sus numerosos y buenos edificios. La catedral, la tesorería, el gran convento de San Francisco, el hospital, el jardín botánico, la casa de la moneda que pasa por la mas vasta y rica del mundo, y en fin el palacio de la presidencia, si bien no de relevante arquitectura, llaman la atencion del viajero que reconoce en ellos el centro de las ciencias y de las artes americanas. El adjunto grabado da á conocer á nuestros lectores el aspecto de uno de estos edificios, el palacio de la presidencia que tanto figura en los acontecimientos de aquel país conmovido por continuadas disensiones. En él se han fraguado no pocos golpes de Estado, si por tales consideramos los cambios políticos llevados á cabo con mas ó menos cordura por los hombres públicos mejicanos; en él han residido esos presidentes que no han sabido dar al país la calma, el bienestar y la paz de que necesita para curar sus profundas heridas, y en él es de esperar lleguen á alojarse si bien por breve tiempo, los caudillos de la expedicion hispano-franco-inglesa, que llevan á Méjico la gran mision de restablecer y consolidar el orden, primer elemento de estabilidad y progreso para todas las sociedades. El palacio de la presidencia es pues de suponer verá tomar en su recinto medidas de prosperidad y ventura para el pueblo mejicano, si aquel gran estado formado por españoles y nutrido de sangre española, debe esperar dias mejores bajo la protección de las tres primeras potencias de Europa.

DON MANUEL VILAR Y ROCA,

ESCUULTOR ESPAÑOL.

Como ha dicho muy bien el biógrafo de este escultor insigne, el recuerdo solemne de los que fueron, no es pequeño estímulo para que los presentes se lancen por



PALACIO DE LA PRESIDENCIA EN MEXICO.

el camino de los adelantos. En efecto, al considerar al ardor artístico y el entusiasmo por los buenos adelantos que distinguían el alma del escultor Vilar y Roca, recientemente perdido para las Bellas Artes, no se sabe qué debemos admirar más, si la constancia del genio en medio de las decepciones de la vida, ó las obras debidas á ese genio que han contribuido á colocar las artes en el estado en que actualmente se encuentran.

Nacido Vilar en la ciudad de Barcelona el 13 de noviembre de 1812, no tardaba desde su primera infancia, en dar claras pruebas de sus inclinaciones artísticas. No otra cosa demostraban sus juegos, que por lo regular demuestra el hombre cuando niño, las aspiraciones que abrigará su corazón en adelante, y hé aquí por qué apenas entraba en el estudio del esclarecido escultor Campeny, cuando desarrollaba los albores de su talento. Dos años escasos estuvo bajo la dirección de este maestro, y las obras que ejecutó, según asegura su biógrafo á quien vamos siguiendo en esta noticia, tanto en barro como en mármol y en madera, ya traducidas de estampas representando bajos relieves griegos, ya originales tomadas del natural, merecieron la aprobación de su director.

Anunciadas más adelante oposiciones para una pensión para el estudio de la escultura en Roma, mediante el rigor del público certámen, Vilar obtuvo el premio, siendo notable su ejercicio de oposición, *Juicio de Daniel en Babilonia*. Huérfano de padre y madre partía Vilar para Roma en abril de 1834, pero le acompañaba un ángel custodio que se llama talento, cuando se halla bien radicado y dirigido, y así es que en vez de hacer lo que acostumbran la generalidad de viajeros, en lugar de dedicar el tiempo á una fútil curiosidad, le empleó desde luego en completar su educación y ponerse en re-

laciones con los más célebres artistas. Comprendiendo belleza no puede nacer sino de la que la perfecta conformidad de los dos elementos constitutivos del arte, el fondo y la forma, compartió el tiempo en estudios referentes á cada uno de ellos; y lo mismo

asistió á las distintas clases de dibujo, que á las de anatomía, teórica y práctica, mitología, arqueología, y sobre todo á la de composición, que explicaba el pintor Minardi, para lo cual no olvidó el estudio de la lengua italiana; ejercitándose en el modelado y bosquejo de composiciones, leyendo la Iliada de Homero y la Eneida de Virgilio, y las metamorfosis de Ovidio, estudiando al propio tiempo la historia del arte.

Pero el corazón de Vilar sentía otra necesidad. No había descuidado durante los dos años transcurridos desde que llegó á Roma, el tratar asuntos cristianos. Estos asuntos señalados por los maestros para los certámenes mensuales ó trimestrales que en aquellas escuelas se celebraban, le obligaron á estudiar las obras de los pintores de la escuela mística que precedieron á Rafael: así fue que sus composiciones religiosas merecieron de los principales maestros de Roma un aplauso que le honró sobre manera. Una idea de estas composiciones pueden darla los dibujos con que ilustró la correspondencia con su hermano don José. Por otra parte, la ausencia de su patria había mantenido en su corazón el amor por ella: que es buen conservador de los afectos que el alma voluble del hombre siente, la separación de lo que los merece. Así fue que en noviembre de 1836 escribió á su hermano estas palabras: *Dame asuntos de la historia de España, en particular de Cataluña, porque las Bellas Artes son para inmortalizar los hechos patrios.*

Sus estudios iban siendo cada vez más dignos de la pública alabanza y tanto las copias de obras célebres como los trabajos originales atraían sobre el joven escultor la aureola de la gloria y la estimación de nacionales y extranjeros. Los célebres escultores Thorwalsen y Tenerani, llegaron á ser sus amigos y maestros, y una con-



DON MANUEL VILAR Y ROCA.

tinuada serie de obras elevaron gradualmente su nombrada. El Discobolo, Zenon, el Niño jugando con un ganso, Jason conquistando el vellocino de oro, Latona pidiendo agua á los labradores de Licia, y sobre todo el grupo de Neso y Dejanira, acabaron de completar su reputacion que muy pronto debia pasar al Nuevo Mundo. Ciertamente, pocos años trascurrian cuando haciéndose desde Méjico ventajosas proposiciones pa-

ra hallar buenos artistas que dirigiesen en aquella capital una escuela, obtuvo tambien nuestro escultor el primer lugar en público concurso, y salió de Roma el 23 de setiembre de 1843, despidiéndose de aquella atmósfera artística para llevar su gloria á lejanos y en verdad atrasados países. La Academia de Bellas Artes de San Carlos, fundada en Méjico, recibió con aplauso á Vilar, y lejos de su patria, á la que tanto amaba, si

bien no olvidaba el gusto y las escuelas de Europa, tratando diversos asuntos religiosos y ejecutando imágenes de santos con perfeccion increíble, trazó tambien grandiosas estatuas, entre ellas los modelos para fundir en bronce la de Cristóbal Colon y de la estatua ecuestre de Iturbide, y las muy celebradas que damos á conocer á nuestros lectores, de Marina, india favorecedora é intérprete de Hernan-Cortés, y la de Motezuma,



MOTEZUMA.



MARINA.

ESTATUAS DE DON MANUEL VILAR Y ROCA.

último de los reyes aztecas. Otra estatua colosal de Tlahuicottl, héroe tlascalteca, combatiendo sobre la piedra de los sacrificios, mereció los plácemes de todos los artistas y de toda la prensa.

Pero el genio aprisionado sobre la tierra debe algun dia romper las efimeras trabas que le subyugan y remontarse hácia su origen. Cuando Vilar terminaba con toda la fe de la religion y todo el conocimiento del arte una estatua semi-colosal del divino Salvador del Mundo, como si dedicando sus trabajos al Ser Supremo tuviese el instinto de que muy en breve debia descansar en las regiones celestiales, falleció despues de grave dolencia, en la madrugada del 25 de noviembre de 1860, legando á su patria un nombre tan respetado como distinguido.

«Su amor al arte fue estremado, dice su biógrafo, pero no tuvo por el arte ese amor fanático que nada ve fuera de la materialidad y utilidad de la forma, que es lo que reduce el arte á oficio; sino ese amor grande y general á todos los modos de expresion de que el arte dispone, no habiéndose especializado por mezquindad de genio sino por facilidad de talento. Fue entusiasta por la escuela de pintura alemana porque en ella vió el desarrollo de un gran fondo de ideas; admiró y trazó monumentos arquitectónicos, porque consideró el edi-

ficio como la localidad para la cual habia de hacer la estatua, ó la mansion en que la estatua debia glorificarse: amó la música y se dedicó al canto, porque vió en esta forma la expresion de aquel sentimiento que el alma necesita comunicar para su desahogo, pero con el suficiente misterio para conservarse puro: y si en la forma literaria no hizo mas que precisar conceptos, fue porque en su fantasía las imágenes debieron determinarse mas bien que con la continuidad y correlacion de las dicciones, con la accidentacion del modelado: pero nadie le ganó en la manifestacion sincera de los afectos del alma. No hay mas que leer la correspondencia con su familia: en ella se vé el alma del verdadero artista en el ejercicio de su arte y de los deberes sociales.»

**

LOS BAILES DE MASCARAS EN MADRID.

I.

El baile, tal como le entendemos y practicamos hoy, es la danza; pero la danza como un medio convencio-

nal y accesorio, como un pretesto, no como un fin único y esclusivo.

Hubo un tiempo en que el baile, manifestacion artística y espontánea del sentimiento, reflejaba la sencillez de las primitivas sociedades y entraba por mucho en sus nacientes costumbres, ya como expresion religiosa, ora guerrera y aun patriótica, de sus ideas; entonces el baile era la danza y nada mas que la danza. Se danzaba, que no se bailaba ante el ara de los dioses y en las grandes festividades nacionales. Poco á poco la danza fue perdiendo su espontaneidad, que es su carácter, y se trasformó en baile: dejó de ser representacion formal de una idea para convertirse en instrumento de esa misma idea. Ya no celebró victorias y faustos sucesos: los produjo.

Los dorios, pueblo famoso en el combate, debieron una buena parte de sus triunfos á la danza pírrica, que constituia entre ellos un verdadero ejercicio gimnástico y militar.

Mas tarde vése la danza asociada al deleite, erigida en profesion, dada en espectáculo. Adios, hermosas ninfas de quienes dijo Horacio:

Jam Cytherea choros ducit Venus imminente luna.

Roma os tróc en asalariadas bayaderas é impúdicas

cortesanías y vuestras danzas en bailes obscenos para recreo de los convidados al triclinio y de los vagos del pórtico: si alguna vez os inspira un sentimiento nacional ó religioso, bien pronto degenera en inmundas bacanales ó en las lúbricas orgías consagradas á Flora. Despues, mucho despues, presenta la danza una nueva faz, término de transición que prepara y conduce al baile moderno.

Perdida la afición á los torneos y á la caza, que eran los espectáculos dominantes en la edad media, fue necesario crear otras diversiones, entregarse á nuevos goces, y nació el baile; el baile en que tomaron parte los reyes y los señores; el baile con una forma *sui generis* que se prestaba á maquinaciones é intrigas palaciegas y combinaciones políticas; el baile en fin, con sus reminiscencias caballerescas, que hicieron de él verdaderas justas de galantería.

Hoy, ya el baile en su última evolución, quedan completamente deslindadas sus diferencias y sus analogías con la danza. Esta perdió su fisonomía propia, su naturalidad y su inspección. Ya nada dice á las almas poéticas y apasionadas: ya nada significa, ya nada expresa, desde el momento en que respiró la atmósfera de los salones y con ella el hálito de los intereses egoístas y de las prosáicas creencias que donde quiera se agitan. Todo lo mas, ha podido conservarse como un recuerdo, como una preciosidad histórica, al aire libre, en medio de los campos, bajo la sombra de un árbol, frente á frente con la naturaleza. En otra parte, ya no es la danza: es el baile, es un lugar á donde se dan cita los hombres y las especulaciones del moderno positivismo; es el café, es el club, es la Bolsa, es el mercado, es el paseo, es cualquier cosa.

Nada se ha averiguado á ciencia cierta sobre el origen del baile. Es cuestión que ha puesto en un brete á mas de cuatro eruditos concienzudos, quedando por último sin resolver, como tantas otras importantísimas adquisiciones que nos ha velado la nebulosa antigüedad, tras de sus densas, impenetrables oscuridades. Yo, por mi parte, he logrado la convicción, no sin antes exhumar pergaminos y bibliotecas sin cuento, de que la falta de datos en esta materia, estriba en la escasez de papel de aquellos tiempos, obstáculo formidable contra el que sin duda lucharon los escritores, y á que debió quizás Tácito su estilo conciso y sentencioso. Hay, sin embargo, opiniones respetables que citaré para mayor ilustración y esclarecimiento del caso: un alemán de estrambótico nombre, pero profundo en sus añejas investigaciones ha escrito diez y nueve volúmenes para probar que el baile fue inventado por San Vito y perfeccionado por San Pascual Bailon; otro rancio pensador, habiendo observado el gran desarrollo de pantorrillas que presentan los cimbríos y los teutones en los relieves de Herculano, deduce que debían ser incansables bailarines tan pantorrilludos personajes, y por ende que el baile nos viene de ellos; no falta por último quien da gran valía á aquel refrán de «hombre chiquitín, retrechero y bailarín» y sostiene que la Laponia es la patria del baile y los mirmidones los primeros bailarines del mundo.

Sea como quiera, es indudable que el baile, ó mejor dicho, la danza, se remonta á los primeros tiempos y forma parte de las costumbres y del ritual de todos los pueblos. Allí donde hay hombres, allí donde se encuentra una sociedad medianamente organizada, allí está la danza como elemento indispensable, como fórmula precisa de ciertas ideas.

El origen de la danza está en nuestras pasiones, en nuestros sentimientos. Las emociones vivas necesitan un lenguaje de acción, medios extraordinarios que interpreten sentimientos extraordinarios tambien: entonces el hombre abandona instintivamente el reposo, sus movimientos son mas animados, exageradas sus actitudes, su marcha es el salto, y luego vienen el arte y el espíritu de orden á reglar estos movimientos y estas actitudes discordantes en un cuadro armónico que embellece la música y regularizan el ritmo y la medida.

El legislador de la danza fue, pues, el primer legislador.

Probado ya, ó poco le falta, que el baile nació con el hombre, álzase una duda tanto mas legítima cuanto que no la desvanecen los mas apollillados cronicones.

¿Adam bailó, ó, cuando menos, ensayó algunas piruetas?

Aunque el Génesis guarda silencio acerca de esta pregunta, un poco peliaguda por cierto, yo no vacilaría en contestarla afirmativamente. Adam debió bailar, bailó, no pudo menos de hacer piruetas y aun muecas, en dos distintas, celeberrimas ocasiones: una vez, dentro; otra, fuera del paraíso: la primera, cuando se encontró la perdida costilla; la segunda, cuando se vió arrancado al *più dolce far niente* del deleite, por causa de la tentadora manzana. ¡Oh! entonces debió bailar de rabia como antes bailaría de contento. El placer y el dolor, el amor y el odio: grandes pasiones que Adam experimentó ante la mujer y contra la serpiente, y el baile repito que es hijo de nuestras pasiones.

Por lo que hace á Eva, ya es otra cosa. Su carácter y su temperamento, sus instintos artísticos, su afición á lo bello, su filarmonía y mas que nada su fácil acceso á las sugerencias del demonio, hacen presumir que no desperdiciara ocasión de bailar, que ejecutaria los

pasos mas difíciles y peligrosos de ese arte diabólico, al decir de sesudos varones.

Quede, pues, consignada la noble alcurnia, la hidalga sangre, la pureza de raza del baile, cuya genealogía desciende en línea recta, nada menos que del primer hombre y de la mujer primera.

Pero dejando para otro dia algunas no menos importantes consideraciones coreogénicas diré ahora algo de los bailes de máscaras de Madrid. Principian un mes antes de Pascuas en *Capellanes*, en el *Circo de Paul* y demás salones de invierno; pero puede decirse que no llegan á su apogeo, á su período de mayor animación, hasta el Carnaval. Quince dias antes de esta época comienzan los bailes en los teatros *Real*, *Zarzuela*, *Príncipe y Basilio*, sin contar otros muchos que cada año se abren al público, y los que no se cierran en invierno ni en verano.

En los dias de Carnaval, es una fiebre, un vértigo, una monomanía, lo que se apodera de los habitantes de la corte: la fiebre del ruido, el vértigo del disfraz, la monomanía del baile. Las penas, las ambiciones, las miserias, las conveniencias sociales, la hipocresía; todo se olvida, de todo se prescinde en esos dias de locura, de estruendo y de bulliciosos placeres. Parece que la sociedad se encuentra comprimida, sofocada por todo un año de ficciones y de enredos, de falsas virtudes, de amistad violada, de amores mentidos, y ansia respirar libertad, aparecer tal cual es: lúbrica, escandalosa, corrompida y atea. Por eso acoge con avidez la careta y la parcheada librea de arlequin.

Es verdad que siempre fue Carnaval, y todo lo mas varian la careta y el dominó. Cubierta ó no la fisonomía, nada espresa menos que lo que aparenta expresar. ¡Cuántas mentiras disfrazadas y crímenes encubiertos, y oprobios ocultos, y honras prostituidas, y miserias vergonzantes y esposas adúlteras y hombres sin fe, sin religion, se esconden tras de la máscara de esa sociedad que se agita en el eterno carnaval de la vida!

Pero llega el Carnaval del año, y entonces ya no hay para qué fingir: es una tregua dada á las convenciones sociales, es el reinado de la disipación y la orgía.

Y los teatros, convertidos en salones de baile, son el templo á donde se va á sacrificar á Momo; y el polichinela y la meretriz son los ministros del culto; y los puros sentimientos y el santo pudor, son la víctima propiciatoria del sacrificio.

Y á propósito de bailes, recuerdo cierta historia que oí contar á un amigo mio, y que me permitiré reproducir para edificación del lector, aunque á riesgo de cansarle.

Una noche del mes de setiembre, decía Eugenio, tras de un largo paseo por la Glorieta de Valencia, me hallaba recostado en el sofá de mi habitación, saboreando una de esas deliciosas *réveries* que experimentamos cuando, despues de una penosa fatiga, gozamos de completo descanso, tenemos una imaginación ardiente y un alma de veinte y dos años que canta en el fondo de nuestro corazón. Tenía el balcon abierto para respirar la fresca brisa del Mediterráneo embalsamada por los jardineros del Turia, y un rayo de la luna de Nápoles iluminaba dulcemente mi estancia. De pronto, el eco de una melodía vibra en el viento, y como enviada por la luna, vino á acariciar mi frente: aquella nota escapada del cielo, fue seguida de una música tierna, dulce, voluptuosa; música que solo la oímos en sueños, que no existe, que no puede existir mas que en el corazón de Bellini y en el arpa de los ángeles: el *aria* de la *Casta Diva*.

La *Norma* me vuelve loco. Corrí al balcon magnetizado por la armonía, y en frente, en un gabinete lujoso, alumbrado por una bugia y por el reflejo de la luna, vi á una hermosa niña que tocaba en el piano aquella sublime plegaria. Tambien tenia su balcon abierto y mirarla pude tan distintamente como si estuviese á su lado. Quisiera hacer su retrato; pero, ¿dónde hallar palabras para retratar á un ángel? Si yo hubiera sabido pintar, el arte me debería hoy el modelo de las vírgenes de Rafael. Delante del piano, vestida de blanco como la azucena, acariciada por la brisa de los mares, besada amorosamente por la luna, parecía el genio de la música que han soñado Weber y Rossini.

Temí que notara mi presencia y desapareciese. Entré en la habitación y me senté donde no pudiera distinguirme. Si es cierto que besan las miradas, como ha dicho un poeta, ella debió sentir un millón de besos en sus manos, en su cabello, en sus ojos... Concluyó la plegaria. La última nota de aquel canto gemidor y sublime, que es un suspiro, salió espirante de sus dedos y vino á morir en mi corazón. Entonces ella se levantó y asomándose al balcon, dirigió una dormida mirada á la casta diosa de la noche. ¡Bendita sea la luna que recoge tales miradas!

Un instante despues, cerró su balcon y vi su sombra alejarse, perderse... Confieso que nunca me he sentido tan inspirado como aquella noche. Quise cantar á la hermosa; pero me fue imposible expresar lo que sentía en mi corazón. Un gran sentimiento en el alma, hace enmudecer la lengua. Si yo hubiera sido Lamartine ó Espronceda, tendría hoy un nombre que oponer á los de Graziella y Teresa.

Al dia siguiente traté de informarme de mi bella

desconocida: pregunté en la fonda donde vivía y me dijeron que se llamaba Laura y que viajaba en compañía de un su hermano.

Y no la ví despues. Aquella noche tuve que dejar á Valencia, ciudad para mí querida, donde quedaba Laura, la imagen de amor soñada, que al conocerla se abandona sin saber de ella, sin hablarla, sin haber escuchado la melodía de su voz.

Llegué á Madrid henchido el corazón de recuerdos, de tristes recuerdos, entre los cuales apenas lucía un rayo de esperanza. ¡Ay! ¿la volveré á ver? era el eterno delirar de mi deseo. Y es que hasta entonces quizás no habia sentido esa dulce enfermedad del alma que se llama amor, y el primero de los amores, siempre es inspirado por una ilusión, por un suspiro, por un recuerdo. ¡Quién sabe! Hay entre las mujeres una, cuya imagen hemos soñado, como si adivinásemos su existencia; misterioso, mágico tipo que ha creado la imaginación, compuesto de lo mas bello, lo mas ideal, lo mas voluptuoso que le ofreció la hermosura, y cuando esta mujer aparece á nuestros ojos, siquiera cruce rápidamente como estrella que se pierde, nuestra alma la reconoce palpitando, y el momento en que la vió jamás lo olvida. Así yo no podía olvidar á Laura. En todas partes, en el Prado, en los teatros, en las reuniones, la buscaba mi anhelo, impulsado de no sé qué secreto presentimiento.

Cierta noche no sabia qué hacer, ni á dónde ir, ni cómo desterrar mi constante melancolía, y Alejo me propuso acompañarme á *Capellanes*. Yo nunca habia estado en esos bailes públicos que miro hoy con invencible aversión, como mercados donde se va á hacer gala de las cualidades que precisamente no se tienen, ó como bazares donde se compran goces repugnantes. Entramos en *Capellanes*, y júzguese cuál sería mi sorpresa, mi espanto, mi alegría, la indefinible mezcla de sentimientos, que brotarían en mi alma á la vista de Laura, que fue lo primero, lo único ya que mis ojos contemplaron en el salon. Iba sencilla y elegantemente vestida, y á la sazón bailaba con un jóven, graciosa, aérea, riente como un sueño de Rosellin. Involuntariamente vinieron á mi memoria aquellos versos de nuestro malogrado Salvador:

Lánguida es su espresion como la tarde
Que espira entre las auras y las flores;
Y si acaso sonrie,
Se paran á admirarla los amores.

Acabó de bailar y se sentó al lado una anciana que yo supuse aya ó criada, así como el jóven que le acompañaba no dudé que sería su hermano, el mismo con quien estaba en Valencia. Ni una sospecha, ni el mas mínimo recelo cruzó por mi mente. Yo habia soñado á Laura inmaculada como los ángeles del cielo, y no podia concebirla de otro modo. La pedí un baile, ofreciéndola el brazo para dar un paseo por las galerías, entre tanto que tocaba la orquesta, y á ambas cosas accedió sin vacilar.

Me sentí ébrio de dicha: imaginé que me habia distinguido entre todos, que sus ojos reflejaban la llama de los mios, que su mirada respondía á mi mirada.

Y luego, estrechaba su brazo, veía agitarse su seno, aspiraba su aliento, me estremecía al roce de su crujiente falda, podía en fin hablarla y escuchar de sus labios tal vez una amorosa, dulcísima palabra.

Bailé con ella; sentí junto al mio palpitar su corazón, y acariciar mi frente el tibio perfume de su cabello. La hablé de Valencia, la recordé el *aria* de la *Norma*, la dije mi pasión con el fuego, con el entusiasmo de la verdad: la pregunté temblando si amaba, si habia amado... ¡Oh! ¡era una criatura celestial, tan casta como inteligente y hermosa! Así lo revelaban sus ojos y su hechicera timidez. Me contestó con acento melancólico, que todo lo mas, habia soñado con el amor; pero que nunca le habia sentido. Tenía la suerte ó la desgracia de ser una de esas almas secretas y misteriosas que gozan en la soledad con la música, con la poesía, con la pintura, con el recuerdo de una ilusión perdida, con la esperanza de un placer soñado: verdaderas almas poéticas que necesitan el rocío de las lágrimas para vivir...

Indudablemente aquella mujer era mi ídolo, la querida vision de mi alma. Ella habia despertado en mi corazón las cadencias del sentimiento, los impulsos del deseo, los arrebatos de la pasión y hasta las inefables fruiciones del arte; pues en su lenguaje de poética sencillez é indecible dulzura, me pareció oír una balada de Schiller cantada en el arpa de Zorrilla.

En aquel momento, una estrepitosa carcajada de Alejo interrumpió el dulce éstasis en que me habian sumergido las palabras de Laura.

—Bien; muy bien, chico, exclamó Alejo cogiéndome del brazo y riendo como un loco. ¿Sabes que me has hecho pasar un rato delicioso? Figúrate que hace un instante me abandonó mi pareja (una linda modista por cierto, que habia aceptado mis servicios interin llegaba su *compromiso*), y me dirigí á buscarte temiendo que estarias aquí fastidiado con tu rigidez de principios y tu austeridad inflexible, cuando te veo pasar nada menos que del brazo de Laura y en animado coloquio con ella.

Confieso que me sorprendió bastante un cambio tan

radical en tus costumbres y en tan poco tiempo; pero atribuí al contagioso ejemplo y á la atmósfera escitante del salón. De repente se me ocurre la feliz idea de seguirlos y escuchar lo que hablabais, y ¡gran Dios! ¡qué oigo! ¡Estabas haciendo el amor á Laura por lo sublime, por lo platónico; la hablabas de la enamada, del manso arroyo y de la pálida luna, y la mala pécora te responde en el mismo tono, con un idilio en prosa, y todo esto, en *Capellanes*, en pleno *Capellanes*! ¡Oh! ¡todo esto, por Dios hombre, yo no sé como no he reventado de risa, y eso que no hablabais seriamente; portado de risa, que fue una comedia para embromaros mutuamente.

Y Alejo seguía riendo con todas sus fuerzas, y Laura que no había soltado mi brazo, le acompañaba en su bulliciosa hilaridad.

Yo me quedé al pronto estupefacto, mudo, inmóvil. Mi inteligencia se negaba á comprender. ¡Hay sueños de que es tan doloroso despertar! Pero al cabo desperté á la realidad y la realidad no era un ángel, era una mujer y no de las mas ejemplares. Aquello fue lo mismo que ser espulsado del cielo y ver un abismo devorante á los pies... Huí de aquel sitio, dando un adiós á mis puras ilusiones, á mis santas creencias, á mis tiernos desvaríos de niño, semejantes á aquellas flores de quienes dijo Mira de Mescua:

Cuna y sepulcro en un boton hallaron;
En un día nacieron y espiraron.

(Se concluirá en el próximo número).

SID:—ZULARAB.

FRAGMENTOS DEL INTERMEZZO DE NAINÉ.

Al confiaros mis amargas cuitas,
De mi acerbo dolor nunca os cuidasteis;
Pero cuando en canciones muy bonitas
Os las dije, de aplausos me colmasteis.

El azul de tus ojos cada día
Es mas bello mas puro y trasparente,
La rosa envidiaría
Tus mejillas preciosas,
Si ellas no fueran purpurinas rosas,
Tus manos, con la nítida blancura
Del albo lirio aumentan tu hermosura...
Solo tu corazón triste y desierto,
En medio de tu vida se halla muerto.

Los dos se amaban, y entrambos
Se ocultaban su secreto:
Parecían enemigos
Y su cariño era inmenso.
Se separaron, y entonces
Tan solo de tiempo en tiempo
Su puro amor recordando,
Le contemplaban en sueños.
Murieron al fin, y apenas
Sabían que estaban muertos.

J. N.

DOS MATRIMONIOS.

NOVELA ORIGINAL POR DON RICARDO MOLINA.

I.

Alfonso no pudo dormir en toda la noche.
—Pues, señor, es cosa hecha, se dijo al levantarse, he encontrado la mujer que buscaba. Esta atonía moral en que he vivido hasta hoy; esta indiferencia constante, era necesario acabar con ella y Carlota es el médico que yo buscaba hace largo tiempo.

No dudo de que Carlota me amará. No se escucha con placer durante toda una velada á un hombre que no nos interesa y Carlota no ha encontrado mayor placer en todo el tiempo que ha durado el baile de la baronesa, que el de estar escuchando todas las cosas que me han ocurrido decirle.

Por otra parte, Carlota es el bello ideal, el tipo de mujer que hace largo tiempo tenía yo concebido en mi imaginación; ese ser que ha nacido para mí, como yo había nacido para ella, que la Providencia no ha de ser tan cruel, que poniendo al alcance de mi mano el único alimento de mi vida, me condene, nuevo Tántalo, al suplicio perpetuo de no poder alcanzarlo.

Alfonso se puso la corbata, la levita y el sombrero y se salió á la calle sin acordarse de almorzar.

—Pero no seré tan necio, se dijo una vez en la puerta de su casa, que vaya á encerrarme en la oficina, á revolver papeles en que se agitan intereses que á mí nada me importan, á perder la feliz disposición de mi espíritu y á ahogar la alegría infinita de mi alma entre cosas tan mezquinas, cuando la misma naturaleza me convida á disfrutar de los bienes que hoy tan pródigamente esparce sobre la tierra.

Sería imperdonable con un sol tan magnífico y un

día tan templado hacer otra cosa que gozar de ellos, tanto mas cuanto que nunca me he sentido con mayores facultades para aspirar ese sol y ese aire.

Alfonso no hizo, pues, aquel día mas que pasear por las calles menos concurridas del Retiro, huyendo el encuentro de sus amigos que le hubieran distraído de sus meditaciones y llevado á ocuparse en conversaciones insignificantes de asuntos miserables.

Al anochecer volvió á su casa con bastante dolor de estómago, pero convencido de que la única felicidad que podía dispensarle la Providencia en este mundo, sería el amor de su Carlota.

II.

CARLOTA Á MERCEDES.

«¡Cuánto he sentido, mi querida amiga, que no estuvieses ayer en Madrid.

He experimentado tales sensaciones que no sé si podré explicártelas.

Hubiera querido que presenciaras los acontecimientos que me las han causado para que pudieras con tu buen juicio y con la imaginación menos acalorada explicarme lo que pasa por mi alma.

Yo no podré metodizar mis ideas ni explicarte mis sentimientos. Solo te diré que creo que amo.

Anoche me llevó papá por primera vez, como hace tiempo me tenía prometido, al baile de la baronesa. Pobre colegiala encerrada toda mi vida en un convento, no puedo explicarte las sensaciones tan estrañas, tan nuevas tan estraordinarias, que he experimentado al encontrarme por primera vez de mi vida confundida entre el vértigo de un salón de baile. ¡Cuántos diamantes, cuánto oro, cuánta belleza! ¡Cómo gozaban las personas que acostumbradas á las fiestas del mundo, no se sentían como yo turbadas y desconocidas entre las ondas de aquella fantástica y brillante multitud!

Pero te hablaré de otra cosa.

¿Te acuerdas de nuestras delicias, de nuestras locuras del convento?

Soñábamos como unas niñas, con lo que dicen que sueñan siempre las niñas, con amores.

Tú recordarás que yo me representaba siempre por mi amante, un joven pálido de largos cabellos negros y de ojos también negros y rasgados que me miraba con una expresión tan tierna y tan dulce, que me hacía delirar de alegría. Pues bien, he pasado toda la noche en el baile hablando con el ángel de mis ensueños. Su boca me decía palabras dulces, muy dulces, pero su voz á que atendía yo mejor que á sus palabras era aun mas dulce que las cosas que me decía.

Y me miraba con sus ojos negros y yo no puedo definir la sensación que experimentaba al mirarme, acaso no era tan tranquila como la que yo soñaba antes de conocerlo, pero te aseguro que le echo mucho de menos desde anoche y que ya no me basta representármelo á mis solas.

¡Oh! ven cuanto antes, ven Mercedes, porque necesito que estés aquí para comunicarte todas las cosas que siento, todas las cosas que se agolpan de tropel á mi cabeza y que en vano intenta comunicarte mi pluma.»

III.

Al día siguiente Alfonso midió con sus pasos en todas direcciones la calle donde vivía Carlota.

Carlota estuvo todo el día haciendo labor junto á la ventana.

Un billete perfumado, su complaciente portero sin perfume y una presentación embarazosa se sucedieron en el espacio de cinco días.

Al sexto recibió Carlota esta carta.

«Llegaré mañana por la noche. Espérame porque necesito hablarte de muchas cosas.

Mercedes.»

IV.

Supuesto que todos nuestros lectores hayan tenido que esperar alguna vez la llegada de alguna persona, podemos permitirnos la confianza de invitarlos á que lo que han hecho en otras ocasiones por afecto ó complacencia, lo hagan hoy de nuevo por complacer también á un autor que si es verdad que no conocen, les asegure bajo su palabra que no es menos acreedor á su consideración que cualquiera otra persona conocida ó desconocida.

Por otra parte, de alguna manera se han de justificar los epítetos de cachazudo, benévolo, pacienzudo, etcétera, etc., con que cada autor se cree autorizado para calificar á sus leyentes.

Venid, pues, conmigo á la sala de espera de la estación del ferro-carril. Ya la conoceréis, y si no es así habreis de dispensarme que no os la describa, tanto porque no va á ser escenario, sino por muy cortos momentos de nuestra comedia, cuanto porque somos poco aficionados á las descripciones. Esto va en gustos y como cada descendiente de Adán tiene los suyos, nosotros nos permitimos tener este.

Mas que la forma geométrica que afecte un edificio, ó que el número y disposición de sus habitaciones ó que sus ventanas ó las puertas que le hacen practica-

bles, tienen importancia para nosotros los seres que practican esas puertas ó que viven en esas habitaciones. Así, en el caso presente, nosotros que somos muy cachazudos (alguna vez se ha de permitir al autor revestirse con los atributos del que lee) nosotros que como decimos somos muy cachazudos, y que por tanto hemos esperado muchas veces y muchas cosas y personas, apenas podríamos daros una idea de la forma que tiene la sala de descanso del edificio á que nos hemos permitido conducirnos.

Podríamos comuninaros sin embargo algunas de las observaciones que nos hemos tomado la libertad de hacer acerca de las personas, y esto será un medio tan malo como cualquiera otro para pasar el tiempo que hemos de esperar todavía la llegada del convoy.

Entre todas las personas que pululan se agitan y se revuelven sobre el entarimado de la sala, entre la turba de vendedores, fondistas, rateros, mozos de carga, empleados de mensajerías, fosforeros y gentes desocupadas que se impacientan ó gentes de negocios que se aburren, de criados que esperan renegando la llegada de sus amos, ó de señores que esperan á su vez ver de nuevo á los dueños de su corazón, entre toda esta honrada compañía, es seguro que la primera persona que lo mismo que á nosotros, os ha llamado la atención, ha sido aquel hombre alto, seco, moreno, de grandes bigotes y mirada torva, que anda, se para, vuelve, comunica órdenes á todo el mundo y no se está un momento quieto. Pues bien, ese sugeto á quien vosotros habreis tomado seguramente por alguno de los *jefes del movimiento* de la línea, y que no es tal cosa; nosotros en nuestra calidad de tramoyistas, podremos deciros que este don Pedro es simplemente *el amigo oficioso*.

Aquel otro sugeto de buen aspecto y con aires de protector universal, que lleva la cinta de una condecoración desconocida en el ojal del gaban no es mas que uno de esos industriales de nuevo cuño que todos los días van á la estación á esperar á alguno á quien no conocen, pero el cual siempre llega bajo la forma de un provinciano cándido que es la víctima durante uno ó mas días ó meses, segun la profundidad de su bolsillo y la amplitud de sus tragaderas, de la redomada truhanería de nuestro buen cruzado.

Aquí vereis un grupo de gentes que desean que llegue su querido primo á quien no conocen por la sencilla razón de que no le han visto en su vida, pero de quien cuenta la fama que ha reunido buenos patacones en las Antillas; y que hacen proyectos sobre su carácter y sobre su dinero.

Mas allá una madre que, sentada en las tres pulgadas cuadradas de la punta de un banco que le ha cedido la urbanidad de un mozo de cuerda, sonríe á sus solas pensando en que al cabo de tanto tiempo va á volver á abrazar á su querido hijo que vendrá, es verdad, un poco desfigurado con la falta del ojo que ha perdido en la guerra, pero que al cabo vuelve, y siempre es hermoso un hijo que vuelve á los brazos de su madre.

Y vereis y observareis muchas mas cosas y muchos mas originales que nosotros hemos visto y observado, pero cansándonos como vamos de enumerarlos debemos hacernos cargo por lo mismo de lo fastidiosos que deben estar nuestros lectores de escucharlos.

Carlota y su padre esperan también sentados en un rincón y no tenemos necesidad de decir que Alfonso gira por allí en derredor del astro en donde tiene por ahora su órbita y en acecho de una ocasión en que poder cambiar una palabra ó una señal cualquiera con su amada.

Y Alfonso y Carlota que aunque no muy de cerca, se contemplan el uno al otro, son los únicos que no se impacientan y que no inclinan á cada momento la cabeza, como el perro olfatea el aire, creyendo engañadamente percibir el ruido de la aproximación del convoy.

Pero todas las dichas y todos los dolores tienen su término y lo mismo todas las esperas, siquiera no sea otro que el de aburrir al esperante. Permitásenos el participio.

Esto quiere decir, que al cabo se oyó silbar la válvula de la locomotora.

Instantáneamente se desarrolló una actividad febril entre todas las personas que esperaban en la sala, los vendedores que habian colocado sus cestas á un lado volvieron por ellas; los empleados y los mozos de carga corrieron en precipitada confusión hácia el andén, las familias de los que habian de llegar se pusieron de pié y alargaron los cuellos y las miradas hácia el camino; el impasible cruzado se irguió sobre sus talones dando el último repaso á su aire de compostura, y don Pedro se precipitó á dar órdenes que nadie obedecía, observado lo cual, dirigióse hácia un coche en que creyó haber visto una fisonomía conocida.

Por esta vez, sin embargo, sus servicios no pudieron prestarse, porque Mercedes bajó del carruaje asistida de un joven rubio, pálido y delicado, que habia saltado del mismo coche pocos momentos antes.

—¡Mercedes!

—¡Carlota mía!

Y un doble y sonoro beso producido por el contacto de cuatro labios frescos y encarnados, vino á arrancar un suspiro del deseo del pecho de Alfonso.

Al cabo todo se compensa y el viajero rubio de as-

PLAZAS Y ESQUINAS DE MADRID.



UNA CASA BIEN APUNTALADA EN DOMINGO DE CARNAVAL.

pecto distinguido y nuestro héroe lanzaron al conocerse una exclamación y se dieron un abrazo.

—¡Cómo! ¿Has sabido que llegaba, mi querido Alfonso, ó es que te encuentro aquí por una casualidad afortunada?

—No lo sabía, he venido, por esperar, es decir... pero tú mi querido Federico, cuéntame, cuéntame...

En este momento el criado de Federico conducía á colocarlas cerca de su señor unas maletas, cuando se sintió acometido por detrás y estrechado por unos brazos que se apretaban fuertemente á su cuello, mientras una voz femenina entrecortada por las lágrimas y los sollozos de alegría, exclamaba:

—¡Ah, hijo mío, es mentira, me han engañado, no viene tuerto!

—Bien madre, bien decía el soldado medio llorando y tratando de desasirse de los brazos que le apretaban, déjeme usted que tengo que ir con el señorito.

—Deja esas maletas, Manuel, exclamó su amo, que como todos los espectadores de aquella escena se habían conmovido, y vete con tu madre...

—Pero señor...

—Vete digo y no vuelvas hasta que no esté satisfecha de acariciarte, sin replicar.

Una mujer con el rostro bañado en lágrimas se separó del grupo que formaban los viajeros y estrechó entre sus brazos á la madre del soldado dejándola al separarse de ella una bolsa entre sus manos.

Esta última acción no pudo verla nadie más que Alfonso.

—Al coche, dijo el padre de Carlota, don Pedro cuidará de los equipajes.

Mercedes, su madre y Federico, se acomodaron con Carlota y su padre en la carretela.

Alfonso, que se marchaba á pie por no haber podido encontrar una berlina de alquiler desocupada, fue detenido por el brazo, pero al volver la cabeza:

—Ah, usted dispense caballero, me había equivocado, le dijo el cruzado haciéndole una ceremoniosa y medio irónica reverencia al recordar que aquel rostro del que él tomaba por un viajero recién-venido, lo ha-

bia visto poco antes de la llegada del tren en la estación.

Alfonso, sin dar importancia á este incidente que en realidad no la tenía, llegó á su casa pensando en que iba á ser muy feliz con Carlota, y en que debía tener un corazón tan tierno y tan afectuoso como su amiga Mercedes, la compañera de viaje de Federico, de la que había presenciado el noble rasgo de que hemos hecho mención hace poco.

—Soy también muy feliz, mi querida Carlota, mi corazón necesita desbordarse en expansiones, dijo Mercedes al oído de su amiga, y mañana iré á tu casa á verte, porque acaso no podríamos hablar con toda libertad en la mía.

V.

—¿Qué significa esto Mercedes? Ayer te he esperado en vano todo el día, y habiéndote dejado tan feliz te encuentro hoy tan triste y tan abatida. ¿Qué desgracia te acontece? ¿Qué te sucede, mi querida amiga? ¡Yo que venía á hablarte de felicidad y que te creía feliz á tí misma!

—Lo era entonces, y sin embargo, hoy soy muy desgraciada!

—¡Tú desgraciada, Mercedes! ¿Siendo yo feliz, no serlo tú? No puede ser eso; no: no es posible.

—Es la triste verdad sin embargo; pero escúchame y te referiré la causa de todas mis penas.

Bien presente tendrás que hace tres meses la quebrantada salud de mi madre, nos obligó siguiendo las órdenes de los médicos, á abandonar á Madrid para pasar los meses del otoño en la hacienda que tenemos en Andalucía. La vida del campo decían que sería á propósito para devolver las fuerzas á su cuerpo y sacar del estado de entorpecimiento en que se encontraban todas sus facultades.

Nos separamos con pena como se separan dos buenas amigas que han contraído el hábito de estar juntas toda su vida, pero formando mil proyectos, mil esperanzas de inocentes distracciones y sobre todo de mutua correspondencia.

Durante un mes no pasó día sin que nos comunicásemos cuantos acontecimientos, insignificantes todos, nos sucedían; nuestros pensamientos, nuestras impresiones, cuanto pasaba por nosotras. Por mis cartas supiste los rápidos progresos que hacía la curación de mi madre, y yo por las tuyas que nada llegaba á turbar la dulce tranquilidad en que se deslizaban los días de tu vida.

—Hasta que un día al cabo de un mes, interrumpió Carlota, me faltó carta tuya y desde entonces...

—Desde entonces empieza la historia que ocasiona mi desgracia!

—¡Oh! nunca creí que me hubieras olvidado.

Y las dos jóvenes se abrazaron con ternura.

—Era una tarde á principios de noviembre, continuó Mercedes. Todavía en nuestro templado clima de Andalucía, había hojas en las ramas de los árboles y las brisas, si bien algo frescas, venían aun impregnadas de perfumes. Era, sin embargo, una tarde del otoño y esto te basta para conocer que se hallaba el alma predispuesta á la tristeza. Yo daba el brazo á mi madre y avanzábamos en silencio por una alameda solitaria, amontonándose á nuestros pies en marea creciente las hojas amarillentas caídas de los árboles. Los últimos rayos del sol doraban todavía á lo lejos los altos minaretes de la mezquita y de los edificios morunos de Córdoba. Todo alrededor de nosotras estaba en silencio, en el silencio más completo, más profundo, que solo interrumpía el ruido de nuestros pasos sobre las hojas secas.

(Se continuará.)

SOLUCION DEL GEROGLIFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

Reloj, papagayo y mona, autorizan la persona.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSE ROIG.—IMP. DE GASPAR Y ROIG, EDITORES. MADRID: PRINCIPE, 4.